

**el problema de los entrenadores**

**D**E los dieciséis clubs que militarán en la Primera División la próxima temporada, trece estrenarán nuevo entrenador. El hecho no es nuevo, porque se repite, prácticamente, todos los años, pero no deja de ser motivo de comentario.

¿Qué ocurre con los entrenadores? Ante todo, sirven de magnífica cabeza de turco, para las directivas que, pese a sus consabidas declaraciones de "sacrificios y dedicaciones", se agarran a sus poltronas con una tenacidad entusiasta digna de mejor causa. No hay victoria que no atribuyan ni derrota que no achaquen a sus técnicos o jugadores.

Claro es que resulta normal, y hasta deseable, que todo club siga una línea regular de actuaciones. Es decir, que toda directiva disponga de tiempo suficiente para llevar a cabo un plan a largo plazo. Lo contrario, sería el caos, como el caso de los gobiernos franceses de la IV República, que cambiaban cada quince días.

Pero el concepto es válido para las directivas, ¿por qué no se aplica también a los entrenadores?

Los clubs, en España, juegan al cambio de técnicos con una alegría que bien pudiera llamarse inconsciente. Camuflan su versatilidad y su ligereza de criterio, pagándoles bien, tan bien que a veces les importa poco romper las arcas del club —por cuyos intereses dicen estar siempre velando—, entreteniendo en una temporada —como ha ocurrido en esta última— hasta tres preparadores.

Uno cree que los entrenadores soportan estas contingencias por el simple hecho de que sus buenos fichajes les compensan del absurdo que entrañan. ¿Cómo puede llegar a formarse un equipo, si cada año, como el maestrillo del refrán, el club cambia de librillo?

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad que los públicos exigen resultados inmediatos. Creemos que no es exacto. Los que exigen resultados inmediatos son las directivas, que estiman que su función está más en conquistar títulos que en administrar bien el patrimonio económico y deportivo del club. Así van las cosas. No es descubrir nada nuevo el afirmar que la mayor parte de las sociedades españolas están en déficit y algunas de ellas en franca bancarrota.

Conquistar títulos es obligación de todo club. Pero dirigir bien los clubs, es conquistar lo más importante de todo. Hace mucho tiempo se dijo, por boca de un destacado dirigente del deporte español actual, que hacían falta directivos. La frase sigue siendo válida. La buena fe no sirve para encubrir la inutilidad; ni el entusiasmo para hacer las cosas como Dios manda. La pasión —o la vanidad— por el éxito rápido, ciega a demasiados recién venidos al fútbol.

Los entrenadores no tienen tiempo para trabajar, ni para perfilar la fisonomía de un equipo. Si exceptuamos al Real Madrid, que desde hace años posee un estilo propio —el espejo de Di Stéfano sigue reflejándose por encima del cambio de técnicos— o al Zaragoza —que ha formado un excelente conjunto con la acumulación de una serie de figuras urdidas con asombrosa y difícil facilidad—, en todos los demás equipos reina una especie de anarquía, como producto de los rumbos distintos que cada entrenador imprime.

Naturalmente, que todo club es libre de contratar al técnico que más adecuado juzga para las posibilidades de su plantilla. Y así es. Pero da la casualidad de que, al cabo de pocas semanas, si el equipo va mal —no todos suelen ir bien— las ideas sobre las virtudes del preparador contratado, cambian como de la noche al día, y sus virtudes no son más que defectos y futilidades. Así, pues, se le licencia. ¿Pero cómo no se licencia a los directivos que le contrataron?

Esta temporada, hemos llegado a la coronación de los absurdos. El Mallorca, que iba en cabeza de la Segunda División, prescindió de Juan Ramón, su entrenador. Y el Atlético de Madrid, campeón de Copa, se ha quedado sin Otto Bumbel, cansado de las críticas que se le habían formulado por una parte de socios —y suponemos también que de directivos— impacientes.

No queremos decir que en todas partes no ocurra lo mismo. Pero no en la escala agudizada de España. En Inglaterra, quinientos entrenadores han perdido su puesto de 1948 aquí. Pero existen muchísimos clubs donde el técnico tiene vigencia casi permanente. Recuerden el caso de Matt Busby, del Manchester United, a pesar de que el club ha pasado por todas las vicisitudes y corrió el riesgo de bajar a Segunda División, después de la tragedia de Munich, donde pereció la flor y nata del equipo. Y en Alemania, Sepp Herberger ha sido seleccionador veinte años.

El nerviosismo, el apasionamiento latino, justifican que las cosas sean tan distintas en nuestro país que en las frías tierras anglosajonas. Pero no hasta el punto de ese desmochamiento tradicional que se produce al final de cada temporada, y que acaba con las cabezas del 90 por ciento de entrenadores en el cesto del descrédito. Un descrédito, por lo demás, relativo, porque las mismas cabezas vuelven a brillar unos meses después, en clubs distintos... ¡claro!

Educar a la afición sobre las ventajas de una permanencia en las funciones del entrenador, es algo que las directivas no se atreven a hacer. ¿Por qué? He aquí un secreto que la estúpida explicación de que el "entrenador no sirve", no desvela ni aclara. La experiencia, por lo demás, demuestra que un cambio de preparador es fatal en casi todos los casos. No salva nada. Ni el prestigio deportivo del club afectado ni su economía, super-cargada ya con gastos desmedidos y esquilmada con el desenfado del rigodón de los entrenadores.

Los socios pagan. Tal vez sea ésa la única explicación.

J. J. CASTILLO

**¡SENSACIONAL!**  
**LECHE DEPILATORIA**  
**Stingari**



- No produce irritación
- Suavidad y tersura Inigualables
- Exenta de olores desagradables
- Agradablemente aromatizada
- Sistema de aplicación único y original mediante su bola desilzante



Y también dos nuevos productos de la línea

**Stingari**



desodorante



emulsión bronceadora

SEGURA - BARCELONA